

Macbeth y la naturaleza humana.

Por Pablo Faúndez Morán.

“porque los hombres siempre son malos si no son buenos por necesidad”

Nicolás Maquiavelo

“Pero la gloria del hombre, mitad intelectual, mitad sensible, era que podía decidir con su libre voluntad a qué plano había de pertenecer”

T. Spencer

INTRODUCCIÓN

El siguiente ensayo, busca internarse en el estudio de *Macbeth*, de William Shakespeare, tomando en consideración principalmente el contexto histórico en que esta obra fue producida. Data ésta de 1606¹, y es parte del grupo de grandes tragedias compuestas por el dramaturgo isabelino junto a *Hamlet* y *Otelo*, entre otras.

Lo que me llevó a abordar estos temas fue la inquietud por comprender la relación que se establece entre la obra literaria y el mundo que la rodea, su época; entender las circunstancias en que es concebida, y cómo ambas se van condicionando y estructurando. En este caso, nos enfrentamos a la historia de Macbeth, súbdito del rey de Escocia, y a su degradación progresiva, camino a la muerte. En este drama intervienen una serie de elementos que guardan relaciones bastante particulares con las condiciones históricas en que la obra y su autor se desarrollan. Shakespeare es testigo y partícipe de una Europa convulsionada por la Reforma protestante y por el surgimiento de un saber científico, que poco a poco, va derrumbando los cimientos de la tradición y el conocimiento antiguos. Hasta antes de esto, el discurso de la iglesia católica era ley y verdad en cuanto a lo que el hombre y su lugar en el universo significaban: autoridad y razón iban de la mano, y configuraban un mundo en que el ser humano tenía una misión claramente definida. Con la fuerte sacudida que significó para la Iglesia las figuras de Lutero y Calvino, entre otros, y la marejada ideológica que desde ellos

¹ Esta fecha, según los estudios de Malone y Chalmers. Shakespeare, William, *Obras completas*, Ed. Aguilar, 1965, Madrid, España.

inundó a Europa, los presupuestos sobre los que se construía la visión del hombre, se vieron alterados: autoridad y razón ya no comparten idearios, sino que inician una fuerte discusión, que desvió violentamente el cauce que el devenir europeo, hasta entonces, seguía.

En este nuevo debate, la voluntad juega un rol central, pues es sobre ella que se gesta la transformación más profunda: pasa de ser una facultad del ser humano sobre el mundo y los seres que le rodean, a ser una facultad del hombre sobre sí mismo.

A continuación, revisaremos las dimensiones que alcanza este conflicto en la obra de Shakespeare, y cómo se desarrolla y configura en la Europa del siglo XVI una nueva dimensión del significado de la *naturaleza del hombre*.²

DESARROLLO

I

Durante el siglo XVI, el lugar del ser humano en el universo y su función, estaban claramente determinados desde ciertos preceptos ideológicos. Existía un orden que regulaba el cosmos, la naturaleza y la relación del hombre con ella, así como el funcionamiento político de las sociedades. *“Casi todos los escritores del siglo dieciséis hablan de la misma manera; para conocer a Dios uno debe conocer Sus obras; conociendo Sus obras se aprende lo que es la naturaleza del hombre para el cual esas obras fueron hechas; y conociendo la naturaleza del hombre se sabe el fin para el cual fue creado, y eso es el conocimiento de Dios”*³. He aquí el primer elemento importante para nuestro análisis: la tierra fue creada para el hombre, quien mediante su aprovechamiento conoce a Dios, y es esa su naturaleza; es decir, la naturaleza del hombre está asociada a una actividad, lo que contiene de manera implícita el acatamiento de una orden, y con ella la imposibilidad del caos, del desorden y la perplejidad frente al mundo. De la cita se desprende también una tremenda estimación del ser humano por sí mismo: Dios creó todo aquel mundo perfecto, equilibrado y ordenado para él, y sólo él está erguido para mirar el cielo y adorarlo, y sólo a él se le dio *“una lengua y habla perfectas para que, inflamado de amor divino y lleno de admiración, pudiera alabar y ensalzar con palabras la divina Belleza”*⁴. En definitiva, el hombre es el centro de este orden universal perfecto y su papel dentro de él es el más importante.

² Nos centraremos para esto fundamentalmente en la obra de Theodore Spencer, *Shakespeare y la naturaleza humana*, Editorial Losada, 1954, Buenos Aires, Argentina.

³ Spencer, Theodore, Op. cit. pp. 19. El subrayado es mío.

⁴ Ibid. pp. 21, citado por el autor de la obra *Academia del cortesano* de Anibal Romei, del año 1546.

Ahora bien, este orden, establecido en tres dominios, es controlado por la *Naturaleza*, que “rige sobre el cosmos o universo; rige en el mundo de las cosas creadas sobre la tierra, y, finalmente, rige en el mundo del gobierno humano, del hombre en sociedad”⁵.

El primero de estos dominios estaba articulado por los modelos de Aristóteles y Ptolomeo, que establecen la tierra como centro inmóvil del universo en torno al cual giran las esferas celestes en órbitas perfectamente circulares. Todo un sistema perfecto concebido para el hombre.

El segundo dominio, es el de las criaturas vivientes, y está establecido desde la tradición aristotélica y de la Edad Media. Se articula de forma jerárquica, y va desde las piedras hasta Dios, instalando al hombre entre bestias y ángeles⁶. Dentro de este orden, el hombre posee razón, que trabaja con los datos de los sentidos haciendo luego abstracciones, que son aprehendidas por el entendimiento o intelecto, y que luego mediante la voluntad, exclusiva del ser humano, le llevan a buscar a Dios y las cosas celestiales. Lo que hace al hombre humano, por lo tanto, es la *voluntad*. Ese es el único elemento que ninguno de los otros seres posee. El hombre siente, como las bestias, y puede disponer (tender, más bien) de entendimiento, como los ángeles; mas la voluntad es lo que lo particulariza de las otras especies. Ahora bien, esta voluntad, por la rigidez del orden, no es libre, pues la dirección en que se manifieste está de antemano definida. Ni se menciona la posibilidad de dirigir la voluntad hacia otros fines; para eso, y sólo para eso fue otorgada al ser humano.

Por esta posición superior en la jerarquía terrestre, el hombre está llamado a gobernar sobre las cosas y sobre los otros hombres. Esto constituye el tercer dominio, donde la *Naturaleza* se manifiesta por medio de leyes recibidas por el ser humano al nacer. Como explica Spencer, *es tarea del hombre desarrollar esta capacidad (la del orden y la armonía) cultivando las*

⁵ Ibid. pp. 23.

⁶ Ibid. pp. 27, Spencer presenta el siguiente esquema, detallando la jerarquía psicológica,

Dios	--	acto puro
Angeles	--	intelecto puro
Hombre	--	razón
Animales	--	sentidos
Plantas	--	crecimiento
Piedras	--	ser.

*virtudes morales, y llevando una vida atemperada y racional*⁷: el hombre era un ser moral y responsable por naturaleza.

El ser humano, desde los preceptos señalados, tiene así un lugar y una misión en el mundo. Mas todo este modelo, definido por Spencer como “optimista”, en vista de que en él, el hombre era parte central del orden universal y podía llegar a Dios, era vulnerable a que si alguno de los tres dominios se veía corrompido, todo el sistema colapsaría; como cuando en una máquina falla una de sus piezas y toda ésta deja de funcionar. Desde esta convicción se da la contraparte del “optimismo”, contraparte determinada por Adán y *el pecado original*, y que constituye un segundo modelo de concepción de la naturaleza del ser humano, presente en la mentalidad de la época. Spencer explica, “(al hombre) le quedó sólo un pequeño destello de esa razón que había sido su original derecho nato. Su caída había sido tanto intelectual como moral (...) De igual manera la voluntad, ya que es inseparable de la naturaleza del hombre, no pereció, pero quedó esclavizada por la concupiscencia hasta llegar a ser incapaz de un deseo recto. El hombre, en vez de ajustarse al orden de la naturaleza ahora lo trastorna; el cuerpo gobierna al alma y no ésta a aquél...”⁸. Al ceder ante el ofrecimiento de la manzana, la razón y la voluntad, que dominan el accionar del hombre, se “atrofiaron”, “y sucedió que la acción fue dictada por la imaginación: un poder que carecía de ley, mucho más bajo que la razón y aún compartido por las bestias”⁹. Y la imaginación despierta las pasiones, ya que el hombre recibe las cosas sensibles con mayor presteza, por lo tanto, pasa el individuo a actuar en orden a éstas, las que (y este es un elemento crucial) se rigen por el deseo de placer y el temor del dolor, comportamientos determinados por el Adán que cede a la tentación del placer y sufre el castigo del dolor. Esa es la herencia maldita, la explicación de la naturaleza del hombre. Si bien este conflicto fue superado con la encarnación de Dios en Cristo, la naturaleza humana sucumbía una y otra vez al deseo y al miedo al dolor, lo que condenaba, de una u otra forma, al hombre.

Ambos modelos conviven en la mentalidad de la época, y dan forma a una visión compleja del ser humano, favorecido y condenado a la vez. Sin embargo, los avances de la ciencia y el surgimiento de nuevos pensadores durante el siglo XVI, vinieron a remecer estas concepciones, y determinar una nueva reflexión del ser humano acerca de sí mismo, centrada esta vez no en lo que el hombre debería ser de acuerdo a designios divinos, sino a lo que el hombre ha sido y es de acuerdo a la experiencia.

⁷ Spencer, Ibid. pp. 60, citado de Cicerón por el autor.

⁸ Ibid. pp. 42. El subrayado es mío.

⁹ Ibid. pp. 43.

El primero de los modelos descansaba sobre principios religiosamente válidos. Cada uno de los tres órdenes que lo conformaban será desarticulado, generando una nueva visión de la naturaleza humana en que el segundo modelo, el modelo del hombre condenado, se impondrá, en la medida en que éste permite la existencia de un ser humano no necesariamente bueno.

Partamos, siguiendo a Spencer, con la caída del orden cosmológico. Copérnico, publicó en 1543, *Las revoluciones de las esferas celestes*, donde el centro del universo pasó a ser el Sol. “*La hipótesis... no sólo va a traer la ruina de la astronomía precopernicana, lo que es natural, sino de “un mundo” en el cual el hombre había morado durante siglos y siglos y en el que había conquistado su seguridad*”¹⁰. La solidez del sistema heliocéntrico no demoró mucho en imponerse y desplazar los preceptos antiguos.

En el segundo orden, el francés Montaigne en 1569, en su traducción de la *Teología natural* de Sabunde, cuestiona la idea de que “*el uso de su razón muestra al hombre que él es la más importante criatura en los ordenados rangos de la creación*”¹¹. Montaigne reacciona y se propone demoler esta idea, lanzando su ataque contra la arrogancia y vanidad del ser humano. Para lograr esto, analiza al hombre solo, sin ningún elemento externo que le apoye, sin siquiera la gracia y sabiduría divinas que le han sido concedidas, logrando de esta forma desestimarlos como centro del universo. Afirma que la razón del hombre, hasta ahora tan valorada, no es más que vanidad e inconsistencia y que “*quien quiera considerar al hombre sin lisonja, no verá en él ni eficiencia ni facultad alguna que tenga sabor de otra cosa que no sea de muerte y tierra*”¹². De esta forma, Montaigne acaba con la supremacía del hombre dentro del orden natural y terreno “*y termina su prolongada orgía escéptica diciendo que, puesto que el hombre nada puede hacer por sí mismo, debe, si es que ha de elevarse de su mísera condición, abandonar y renunciar a todos sus poderes propios, poniéndose en las manos de Dios*”¹³. En este último punto quisiera que nos detuviéramos un instante. El hombre de Montaigne, lo pierde todo y ni siquiera la razón le es ya útil; lo único que le queda es la voluntad. La última cita apela a un acto de este tipo: la voluntad de acceder, de entregarse a Dios. Mas esto varía del modelo aristotélico ya presentado, en la medida en que este nuevo hombre, no tiene voluntad sobre su entorno debido a su miserable condición, y el único acto

¹⁰ Giannini, Humberto, *Breve historia de la filosofía*, Ed. Universitaria, 1998, Santiago, Chile, pp. 167.

¹¹ Spencer, op. cit. pp. 52.

¹² Ibid. pp. 57.

¹³ Ibid. pp. 59.

terrenal de voluntad al que puede acceder, por lo tanto, es el suicidio. Perdió todo poder o capacidad sobre el mundo que le rodea, y sólo tiene dominio sobre sí mismo: sus opciones son seguir a Dios, o matarse. Son los únicos actos reales de voluntad a los que puede acceder.

Finalmente, para derrocar el tercer orden, llega Nicolás Maquiavelo con “*El Príncipe*” del año 1513 (impreso en 1532). En esta obra, el florentino, desde una revisión histórica del comportamiento del hombre como gobernante, replantea su moralidad; más bien la niega. La mirada de Maquiavelo “*contemplaba la historia humana divorciada de la revelación, y la naturaleza humana divorciada de la gracia; vio al hombre no como debía ser sino como es, y descubrió que el hombre era naturalmente malo...*”¹⁴ Afirma en “*El Príncipe*”, sin contemplaciones, que el hombre es esencialmente malo y que obra siempre en base a lo que le convenga, declaración que se opone rotundamente al modelo ciceroniano de un hombre virtuoso, moral y responsable. La irrefutable veracidad de las conclusiones maquiavélicas, nos replantea la visión que se pueda tener acerca del ser humano; éste tiende inexorablemente al mal, está en su naturaleza.

Hasta aquí hemos logrado repasar las principales transformaciones ideológicas que tuvieron lugar a lo largo del siglo XVI. Estas transformaciones conllevaron una alteración en los modelos de concepción del ser humano, que pasó de ser el centro del universo a ser el habitante miserable de un mundo “extraviado” en el infinito. A esto se sumó una nueva visión de la condición esencial misma del hombre, que concebida como pura e ideal desde reflexiones apriorísticas, pasó a ser entendida como una tendencia egoísta hacia el mal. Y vimos también cómo la idea de la voluntad del hombre, se va manteniendo en los modelos, sufriendo alteraciones en relación al contexto en que se presente. A continuación, veremos cómo el “*Macbeth*” de Shakespeare refleja este mundo en caos, en transformación.

II

En “*Macbeth*”¹⁵, constatamos desde el primer acto, la idea de un cambio. De una estabilidad a un quiebre que produce el colapso de los personajes. Macbeth es servidor fiel y gallardo del rey de Escocia, Duncan, y acaba de derrotar a un traidor que quiso rebelarse al poder real. La figura es comparativamente clara: existe un orden jerárquico que posee protectores que velan por su cumplimiento; se trata de un orden incorruptible. El director

¹⁴ Ibid. pp. 60.

¹⁵ Trabajaremos con *Macbeth* en Shakespeare, William, *Obras completas*, Ed. Aguilar, 1965, Madrid, España.

Roman Polanski, en su adaptación cinematográfica de la obra de Shakespeare, logra presentar esta condición inicial de manera muy convincente representando la armonía y bienestar, fruto de la presencia del orden: Macbeth es un joven gallardo y lozano, que llega a su castillo donde lo espera una muy bella Lady Macbeth, y ambos son una pareja fresca y feliz, rebotante de alegría y juventud.

Mas el primer parlamento de toda la obra, la primera escena, corresponde a las brujas, seres sobrenaturales que accionan la caída trágica de Macbeth: “¿Cuándo volveremos a encontrarnos las tres en el trueno, los relámpagos o la lluvia?”¹⁶ He aquí el anuncio claro de la calamidad que se aproxima, del quiebre del orden, del retorno a una condición, que en vista de la significación simbólica del trueno, el rayo y la lluvia (asociada a aquellos, pues por sí sola es símbolo de fertilidad), es negativa, maléfica¹⁷. Y agregan un tanto más adelante, que el lugar donde ocurrirá el quiebre, será el lugar donde se reunirán con Macbeth. Recordemos haber señalado que la corrupción de un elemento del orden haría a éste colapsar por completo.

La estructura armónica inicial se ve entonces amenazada, se declara, se profetiza su alteración. Y he aquí que llega la parte clave de la obra, en que Macbeth, acompañado de Banquo, fiel compañero de batallas, tropieza con las brujas:

Macbeth: Hablad, si podéis. ¿Qué sois vosotras?
Bruja 1: ¡Salve, Macbeth! ¡Salve a ti, thane de Glamis!
Bruja 2: ¡Salve Macbeth! ¡Salve a ti thane de Cawdor!
Bruja 3: ¡Salve Macbeth, que en el futuro serás rey!

...

Macbeth: Esta solicitud sobrenatural... puede no ser mala... y si buena ¿por qué ceder a una sugestión cuya espantable imagen eriza de horror mis cabellos y hace que mi corazón firme bata mis costados, en pugna con las leyes de la Naturaleza?

...

*Macbeth: (Aparte) ¡Si el destino ha decretado que sea rey, ¡bien!, que se me corone, sin que tenga yo parte en ello!*¹⁸

Estos son los parlamentos donde se gatilla el quiebre del orden existente. De aquí hay dos elementos que debemos rescatar: el primero es que esta conversación que

¹⁶ Shakespeare, op.cit. pp. 1577.

¹⁷ *Rayo, relámpago, trueno*: como en tantas cosas, antes que el hombre conociera las causas de estos fenómenos, el asombro y el temor hicieron que tanto el rayo como el relámpago y el trueno tuvieran su origen en poderes que habitaban en el mundo celeste y en el subterráneo, donde monstruos de las más variadas formas manifestaban su ira y su cólera, su voz y su lamento –generalmente maléfica- como respuesta al comportamiento humano. Deneb, León, *Diccionario de símbolos*, Ed. Biblioteca Nueva, 2001, Madrid, España.

¹⁸ Shakespeare, op. cit. pp. 1581 y 1583.

desatará el cambio en el personaje, apela a la ambición de éste, a la ambición del hombre. Es ese el sentimiento activado o estimulado que, al desatarse, genera los estragos. Y es esta ambición una manifestación de deseo, deseo de algo más, en este caso de poder; y recordemos que determinamos que es el deseo lo que condena a Adán, y la manifestación de la pérdida de la razón. Entonces es este Macbeth, que sucumbe ante la idea de ser rey, quien quiebra el orden universal, desde la corrupción del deseo. Vemos también cómo anuncia Macbeth estar rebelándose a su naturaleza, estar contradiciendo sus leyes, cómo desde la pasión y la imaginación, va sintiéndose cada vez más llamado a concretar el crimen mediante el cual se convertiría en rey. Y, por último, Macbeth era considerado un excelente hombre por el rey y sus compañeros de milicia; era visto como una persona fiel y confiable, mas cede inexorablemente a la tentación del presagio, y esta reacción se condice con la categorización de Maquiavelo: “*porque los hombres siempre son malos, si no son buenos por necesidad*”¹⁹; la máxima se cumple a la perfección.

Para referirnos al segundo punto importante que se desprende de este episodio, revisemos antes, el siguiente parlamento entre Macbeth y su esposa:

Macbeth: No debemos ir más lejos en este asunto. Acaba de colmarme de honores (el rey), y he adquirido una reputación de oro para toda clase de gentes, que quisiera conservar en su esplendor, reciente como es todavía, en vez de encenagarla tan pronto (matando al rey).

Lady Macbeth: ¿Estaría ebria entonces la esperanza con que os ataviabais? ¿Se ha dormido después y se despierta ahora para contemplar, pálida y verde, lo que supo mirar tan arrogante? Desde este momento creeré tan frágil tu amor. Tienes miedo de ser el mismo en ánimo y en obras que en deseos? ¿Quisieras poseer lo que estimas el ornamento de la vida y vivir como un cobarde en tu propia estima, dejando que un “No me atrevo” vaya en pos del “Yo quisiera”, como el pobre gato del cuento?

Macbeth:... Me atrevo a lo que se atreva un hombre; quien se atreva a más, no lo es”

Lady Macbeth: ¿Qué bestia entonces os impulsó a revelarme este proyecto? Cuando os atrevíais a ello, entonces erais un hombre; y más que hombre seríais si a más os atrevieseis”²⁰

En este episodio, y en la última línea del parlamento citado con anterioridad, encontramos una nueva y profunda dimensión del conflicto de Macbeth: *pierde la voluntad*, pierde lo que lo hace hombre de acuerdo al primer modelo que revisamos. Si bien, es una

¹⁹ Maquiavelo, Nicolás, *El Príncipe*, Ed. Orbis, 1982, Barcelona, España, pp. 115.

²⁰ Shakespeare, op. cit. pp. 1587 y 1588.

voluntad hacia el mal la que está en cuestión, es igualmente voluntad, y nuestro héroe la ha perdido, y es gracias a la exhortación de su mujer que se decidirá finalmente a llevar a cabo el crimen, mas su actitud es a partir de entonces siempre dubitativa y vacilante. Macbeth ya no es capaz de decidir por sí mismo, y como el hombre de Montaigne, perdió el poder sobre las circunstancias que le rodean, sobre su entorno.

Y es este hombre dubitativo y perplejo el Macbeth que vemos en el resto de la obra, y todo el ambiente en que se desenvuelve se transforma con él, pues recordemos que al caer un orden, caen los tres. Tomemos la siguiente conversación, señalada por Spencer, como ejemplo:

Anciano: A setenta años se remontan mis recuerdos, durante los cuales he presenciado horas terribles y extraños sucesos; pero esta tremenda noche reduce a nada cuanto he conocido.

Ross: ¡Ah, buen anciano, tú lo ves! Agitados los cielos por la acción de un hombre, amenazan su sangriento teatro. Según el reloj es de día, y sin embargo la sombría noche apaga la lámpara viajera. ¿Es que reina la noche, o siente vergüenza el día, que las tinieblas cubren la cara de la difunta tierra que un vivo descansar debía acariciar?

Anciano: Eso es sobrenatural, como lo que ha sucedido. El martes pasado, un balcón que se remontaba orgulloso al punto culminante de su vuelo, fue sorprendido y muerto por un búho, que solo come ratones.

*Ross: ¡Y los caballos de Duncan, cosa muy extraña, pero cierta, tan hermosos y dóciles, que eran las perlas de su raza, han cambiado de naturaleza, han roto sus pesebres, se alborotan y luchan con el freno, como si quisieran entablar guerra con la Humanidad!*²¹

El universo alterado: animales enfrentándose entre ellos, atacándose; caballos alguna vez tranquilos y mansos, ahora encabritados y agresivos; el día y la noche confundidos a los ojos del hombre. El caos ha sido desatado, la crisis está en pleno desarrollo; el orden antiguo ha sucumbido ante la manifestación del nuevo hombre. La atmósfera en que se desarrolla la obra, es ahora oscura, fría, pegajosa, espeluznante. Esta caracterización ambiental está particularmente retratada por Orson Welles, en su versión fílmica de “Macbeth”. Desde el hecho de que es en blanco y negro, hasta la laberíntica y tosca arquitectura del castillo, todo elemento ambiental confluye en la película a generar esta idea de una atmósfera sombría y oscura, símbolo del orden perdido y del hombre en crisis.

²¹ Shakespeare, op. cit. 1595 y 1596.

Nos instalamos entonces en un hombre nuevo, cuya caracterización y presentación tiende a identificarlo con la visión maquiavélica. Como hemos señalado, el pensador florentino nos presenta su modelo desde una revisión en la historia, que demuestra, desde la experiencia, cómo el hombre no ha sido lo que se esperaba de él. Maquiavelo es bastante frío y directo para presentar al hombre: *“los hombres son tan simples, y se someten hasta tal punto a las necesidades presentes, que quien engaña encontrará siempre quien se deje engañar”*²². Coincide con las apreciaciones “animalizantes” de Montaigne. El hombre está a merced de las necesidades, y del placer y la evitación del dolor. Eso es el hombre, una criatura determinada por esos impulsos, a eso es reducido. Y dentro de esto, su accionar tiende a la maldad. Una lectura atenta de *“Macbeth”* puede refutar esta tesis con el siguiente argumento: no todos los personajes que aparecen en la obra son tan malos como el thane de Glamis²³; Banquo y el rey Duncan, por ejemplo, no son más que víctimas inocentes del sanguinario Macbeth y su ambición ciega por el trono. Pero frente a esto podemos especular en base a la figura de Banquo, preguntándonos si acaso él no habría reaccionado igual ante la profecía que las brujas refieren inicialmente. Es más, recordemos qué es lo que les pregunta una vez que le han hablado a Macbeth: *“Saludáis a mi noble compañero con sus títulos presentes y la alta promesa de un lisonjero porvenir y de una esperanza real que le sume en el éxtasis. Y a mí no me decís nada... Si podéis penetrar en los gérmenes del tiempo y predecir qué semilla cuajará y cuál no, habladme también a mí, que ni solicito vuestros favores ni temo vuestro odio”*²⁴ Como podemos ver, la reacción de Banquo es instantánea y egocéntrica. Eugenio Ionesco escribe la sátira *“Macbett”* donde la percepción e interpretación de esta idea es clara: Macbeth y Banquo son idénticos. En las acotaciones, el autor afirma expresamente que ambos personajes ocupan las mismas vestiduras y llevan la barba igual, y en un momento de la obra, ambos profieren un discurso prácticamente igual, lo que demuestra y reafirma esta concepción del ser humano totalizante e indiscutible: ser ambicioso, malo y egocéntrico. Con respecto al rey Duncan, Ionesco es igualmente ilustrativo, cuando nos muestra el diálogo entre dos personajes que se quejan profundamente del rey, y denuncian las injusticias a las que están sometidos: deben entregarle tierras, animales, soldados y mujeres, a cambio de nada. *“¿Qué deuda tenemos con él?”* pregunta uno de ellos. En el original, el rey es un hombre noble, traicionado injusta y sanguinariamente por Macbeth. Pero Ionesco, nos hace recordar que Duncan era un rey de la época, y que todo lo que ocurría en el reino

²² Maquiavelo, op. cit. pp. 86.

²³ El thane de Glamis es Macbeth. Thane es una denominación que correspondería a la de barón.

²⁴ Shakespeare, William, op. cit. pp. 1581

estaba sometido a sus designios y por qué no, sus caprichos. *"El estado es él"*, nos recuerda uno de los personajes, haciendo una alusión evidente (por parte del dramaturgo, no de aquel) al monarca francés Luis XIV²⁵.

Hemos visto de qué manera, en el *"Macbeth"* de Shakespeare se ve la reformulación de la visión del hombre que hemos señalado, y cómo esta visión adquiere ribetes oscuros y negativos, derribando toda consideración para con el ser humano. Pero es aquí donde, hacia el final de la obra, en la escena de la muerte de Macbeth, se le recupera, se le devuelve al hombre lo que perdió: se le devuelve la voluntad. Al recapitular, recordamos haber fijado dos voluntades trabajando en las primeras concepciones de ser humano: una voluntad hacia Dios, y una voluntad hacia el mal, sometida por el deseo. Macbeth había sucumbido ante el designio de las brujas, lo que determinó su caída trágica²⁶ que toca fondo al realizarse las profecías negativas, que eran, por lo demás, francamente imposibles: perecería su reino cuando el bosque invadiese su castillo, y moriría él a manos de un hombre no concebido por mujer. Y es en este momento, en el punto más negro de su tragedia, al borde de la muerte, que Macbeth logra al fin redimirse, enfrentar los designios ejerciendo su voluntad, y eligiendo él, la muerte: *"¿No me rendiré para besar la tierra hollada por el joven Malcolm y para ser perseguido por las maldiciones de la canalla! ¡Aunque el bosque de Birnam haya venido a Dunsinane y tú no seas dado a luz por mujer, lo arriesgaré todo! ¡Ante mi cuerpo extendiendo mi escudo de guerra! ¡Hiere pues, Macduff, y maldito quien grite el primero: "¡Gracias, basta!"*"²⁷. Y es este el paso final hacia el nuevo hombre, el hombre descrito por Montaigne, cuya voluntad ya no es ejercida sobre las cosas, sino sobre sí mismo; cuya voluntad alcanza su máxima expresión, en el suicidio, en el decidir morir. Macbeth se entrega a la muerte, *"lo arriesgaré todo"*, ya no hay aprensiones, ni cavilaciones, ni angustiantes períodos de duda en que la decisión propia había desaparecido. Se concreta así la alteración de la visión del ser humano, pues estamos ahora frente a un hombre cuya voluntad es limitada y dominada; es decir, la voluntad de Macbeth se ejerce sobre sí mismo y por decisión de él.

CONCLUSIÓN.

²⁵ Ionesco, Eugenio, *Macbett*, traducción de Luis Vaisman. Uso autorizado.

²⁶ Magistralmente representada en la versión de Polanski, donde la evolución de la corrupción del ser humano termina dejando al rey solo, abandonado por todos sus súbditos y con su esposa muerta, sentado en su trono, esperando la batalla.

²⁷ Shakespeare, op. cit. pp. 1624.

Hemos logrado presentar un paralelo de correspondencias entre el *Macbeth* de Shakespeare y el acontecer histórico en que se desarrollan autor y obra, desde la visión de ser humano presente en ambas instancias. Relatamos cómo éste sucumbe ante el deseo de poder, perdiendo su voluntad, elemento donde residía su humanidad, desde el modelo antiguo; vimos cómo cae junto a él, el resto del universo; y lo vimos recuperar su voluntad, esta vez limitada y propia.

La profunda correlación que se da entre obra y época, permite contemplar la forma en que ambas realidades interactúan generando un momento particular en la historia del hombre. Arnold Hauser, en *Literatura y manierismo*, reflexiona sobre las artes en este período, y nos presenta el fenómeno del cual he tratado de dar cuenta en este ensayo: “...superar la primera impresión, de que nos encontramos enfrentados con algo que responde a un mero ornamentalismo en las artes plásticas, a una mera disolución de la materia en la forma, y para llegar a comprender que la verdadera razón de la acumulación interminable de imágenes, se encuentra en el sentimiento de una fluencia y transición perpetuas, en un sentimiento tan intenso de la inestabilidad de las cosas, que lo único que es posible captar de ellas es su relación recíproca y siempre cambiante”²⁸. Si bien la declaración está construida en base a obras plásticas, nos encontramos con este sentimiento en Shakespeare. Basta revisar el discurso de Ulises en la escena III del primer acto en *Troilo y Crésida*, o leer el *Hamlet*, para constatar cómo está presente esta preocupación en el resto de su obra, y ver con qué magistralidad es abordado el conflicto desde otros contextos.

BIBLIOGRAFÍA:

- Alegre, Claude, *Dios frente a la ciencia*, Ed. Atlántida, 2000, Madrid, España.
- Auerbach, Erich, *Mimesis*, Fondo de cultura económica, 1996, México D.F., México.
- Deneb, León, *Diccionario de símbolos*, Ed. Biblioteca nueva, 2001, Madrid, España.
- Giannini, Humberto, *Breve historia de la filosofía*, Ed. Universitaria, 1998, Santiago, Chile
- Hauser, Arnold, *Literatura y manierismo*, capítulo 1, Ed. Guadarrama, 1969, Madrid, España.
- Hull, L.W.H., *Historia y filosofía de la ciencia*, Ariel, 1989, Barcelona, España.
- Ionesco, Eugenio, *Macbeth*, traducción de Luis Vaisman para uso restringido del curso seminario de lectura dirigida
- Maquívelo, Nicolás, *El príncipe*, Ed. Orbis, 1982, Barcelona, España.

²⁸ Hauser, Arnold, *Literatura y manierismo*, capítulo 1, Ed. Guadarrama, 1969, Madrid, España, pp. 59. El subrayado es mío.

- Shakespeare, William, *Obras completas*, Ed. Aguilar, 1965, Madrid, España.
- Spencer, Theodore, *Shakespeare y la naturaleza del hombre*, Ed. Losada, 1954, Buenos Aires, Argentina.